

La ruptura cultural

DESDE que empezó a respirar la oposición política en España se comenzó a hablar de "ruptura". Ruptura con el reaccionarismo decimonónico que inspiró el régimen franquista, muy particularmente en el aspecto religioso-moral. Ruptura contra el continuismo de algo que siempre estuvo desfasado en política y en cuestión social. Ruptura con el conformismo que se nos inculcó día tras día en los cuarenta años últimos, olvidando demasiados la dignidad de los individuos. Ruptura con una cultura de segunda fila que fue el único alimento intelectual que se nos permitió durante ese tiempo.

Podríamos decir que en el campo político, social, económico, moral, religioso e intelectual era preciso adoptar una postura sin contemplaciones, había que romper con la pesada losa que gravitaba sobre nuestras espaldas, la cual hacía que nuestra vida perdiera perspectiva y estuviera centrada en el raquítico círculo de pequeños intereses que se nos fomentaron.

Y si en nuestro suelo hemos experimentado este fenómeno de empujamiento de horizontes, también ha ocurrido algo parecido —aunque más suavizado— en la sociedad occidental en cuyo ámbito vivimos.

Bastantes obispos reunidos en Roma, aunque sea de un modo demasiado abstracto, se han dado cuenta de ello y abren su pensamiento a una consideración más acertada de la realidad, sin quererse agarrar febril e inútilmente a lo que fue y ya no es.

En las tres partes del documento final, aprobado por el 90 por 100 de los votos, se pretende una actitud más realista, a la cual habría que decir ciertamente que se llega tarde, pero al menos se llega.

Se preocupan en la primera parte estos obispos católicos de "las nuevas generaciones", las cuales, con sus nuevas actitudes y comportamientos, expresan dos aspectos del mundo que amanece: la ruptura cultural con unos modos de entender la vida que ya no sirven para nuestra situación, que se caracteriza por una perspectiva sin fronteras, ruptura que prepara una nueva cultura planetaria, y el profundo cambio social que se está necesitando para que nuestras vidas esquizoides se acoplen a la nueva realidad dinámica que está emergiendo.

No son los jóvenes muchas veces sino las víctimas de "los errores de sus progenitores", y quieren encontrar su identidad, aunque sin llegar a alcanzarla de hecho. Pero, eso sí, tienen una intuición acertada de las únicas fuerzas que pueden salvar la sociedad del porvenir. ¿Cómo?: mediante "la aspiración de los jóvenes a la creatividad, la libertad, la justicia y la verdad".

El profesor Tierno Galván ha repetido

muchas veces, sin ser bastante oído, que en nuestro país necesitamos más imaginación, más inventiva, para pergeñar nuevos modelos sociales y culturales dinámicos que aporten un camino de solución a la vida, que se nos complica por momentos. Los problemas materiales crecen: contaminación del aire, polución de las aguas, carencia de espacios abiertos y sedantes, crisis económica, falta de estructura suficientemente humana de los grupos sociales, económicos y políticos... Y por si esto fuera poco se agudizan también los problemas de espíritu: una cultura pobre de palabras y de ideas, que es a todas luces insuficiente para resolver las agudas cuestiones sociales que nos envuelven cada vez más; una ausencia de educación del carácter que por eso se frustra que seamos nosotros mismos unos seres enteros y con fuerte personalidad; una carencia de desarrollo emotivo (artístico, literario y convivencial), que debería ser necesario, sin embargo, para disfrutar de una vida más plena y satisfactoria que sabe descubrir los valores ocultos de la vida misma.

Los obispos que representan al mundo católico creen —demasiado ingenuamente— que la sola proposición de los elementos básicos del cristianismo podrán vencer estas crisis y estas carencias. Pero no es así.

Ni la Historia ni el conocimiento psicológico de lo que es el hombre hoy permiten confiar en tan inocente y simplista solución. Yo, como creyente, pienso que el Evangelio es un valor de primer orden para el hombre, pero no me quiero engañar y concluir por eso que todo lo relativo al problema humano se resolverá acudiendo preferentemente a esta panacea universal predicada insistentemente desde hace veinte siglos. Lo religioso es un elemento humano valioso, pero ni lo es todo ni puede tampoco ser eficaz sin los otros aspectos esenciales del hombre, que deben ser desarrollados inteligentemente para que esta faceta tenga eficacia positiva. Si no usamos los medios y métodos que la Historia, la experiencia personal y la ciencia del hombre aportan, de poco servirá lo demás. Ya sé —y yo lo he dicho porque lo pienso— que la fuerza del mensaje evangélico es grande por sí misma, pero, ¿qué efecto producirá este mensaje sobre seres entecos, que resultan ser marionetas de todas las influencias y por eso están empujados culturalmente? Es necesario saber de una vez los creyentes que se necesita una base humana, un "sujeto", como decía San Ignacio de Loyola. Si no, el resultado será como el parto de los montes; y no olvidemos que tenemos bien cerca de nosotros una buena demostración de este fracaso, porque así ha ocurrido muchas veces en la Historia reciente de nuestro país.

E.
MIRET
MAGDA
LENA

El gran acierto del primitivo cristianismo y del de los siglos posteriores fue basarse en la cultura clásica grecorromana, y ponerla como base del edificio humano que realizó el hombre de aquel tiempo. Durante siglos así se llevó a cabo la educación, y el éxito que tuvo el cristianismo fue notorio. Más tarde, al fallar el fundamento humano, el resultado fue la confusión medieval que hoy nos escandaliza que pudiera llamarse cristiana en muchos aspectos que actualmente nos repelen.

El cristianismo tiene un papel educativo en aquel que acepta libremente la fe; papel que debe ser desarrollado principalmente en contacto con el libro de las grandes experiencias religiosas que llamamos la Biblia. Pero hace falta darla a conocer, aprender sus claves y el estilo de su cultura, que fue tan distinta de la nuestra, para que su lectura sea positiva. Igual que nuestros estudiantes de BUP trabajan ahora sobre el Quijote, acudiendo a quienes lo analizaron, lo vivieron enfáticamente y lo pueden hacer más comprensible, debemos hacer nosotros con la Biblia. Esto es lo que desprende más o menos del documento del Sínodo de Obispos, aunque su lenguaje sea menos explícito de lo que aquí digo.

En la tercera parte se plantea el tema de la transmisión de la fe como "obra de todos". Y se da una pauta que no veo ni bastante ni coherentemente desarrollada: que esta transmisión se debe hacer preferentemente en la comunidad cristiana, sea en el templo, en la familia o en los pequeños grupos de amistad. Porque la escuela del porvenir ya no puede pretender ser —a pesar de los ingenuos deseos episcopales— ese vehículo natural y espontáneo de la fe por la sencilla razón de que no es ni será una comunidad específicamente cristiana, sino una convivencia plural, tanto desde el punto de vista humano como del religioso.

Y en estos lugares íntimos tendrá que transmitirse un cristianismo abierto, "ecuménico", que no sea exclusivista, y fomentando además el compromiso con la vida de la tierra y no separándolo nunca de la sociedad ni de la cultura encarnada, hecha carne en los hechos sociales que se avecinan.

Y para eso tenemos que romper con esta cultura superficial y sin nervio humano profundo que hemos padecido estos años y que fue inducida por la Iglesia española en contubernio con el Estado nacional-católico. ■